

### Más madera

Tras el derrocamiento del régimen talibán, el presidente Bush reformuló, en su discurso sobre el estado de la Unión del 29 de enero de 2002, los parámetros de su peculiar cruzada señalando como nuevos objetivos Corea del Norte, Irán e Irak, a los que llamó «el eje del mal». De los tres, este último fue el elegido para continuar en lo inmediato la singular guerra declarada tras los atentados del 11-S. Mientras tanto tropas y asesores militares norteamericanos ya actuaban en lugares como Colombia, Georgia, Somalia, Sudán, Yemen o Filipinas. En Estados Unidos y Europa se había procedido a la detención de miles de personas (alrededor de 3.000), mayormente de religión musulmana, bajo la acusación de ser «terroristas». Ninguna de esas medidas, dicho sea de paso, ha podido impedir atentados como los perpetrados a lo largo del 2002 en Yemen, Kuwait, Indonesia o Filipinas.

Poco después del 11 de septiembre de 2001 James Woolsey, director de la CIA de 1993 a 1995 y consejero después de las grandes corporaciones, publicó un artículo en la prensa norteamericana (Wall Street Journal, 18-10-01) en el que afirmaba que existían pruebas concluyentes sobre la conexión entre Al Qaeda e Irak. Muy evidentes no debían ser, sin embargo, pues diez días antes, Vincent Cannistraro, ex-jefe de la división anti-terrorista de la CIA y ex-jefe de inteligencia en los tiempos de Reagan, había advertido en una entrevista publicada en la prensa española (El País, 8-10-01): «Irak no ha estado involucrado [en los atentados del 11-S y con Bin Laden], esa versión es producto de las guerras internas del Pentágono. Es pura desinformación diseminada por el sector partidario de bombardear a Sadam Husein.»

Es decir que, desde la óptica de los dirigentes americanos, los atentados habían generado un impacto emocional que se debía aprovechar para emprender diversas aventuras militares a lo largo y ancho del mundo. obviamente los motivos últimos de las mismas no tenían que ver con los atentados, sino con otras consideraciones e intereses. Y en la discusión sobre el particular unos proponían Irak y otros Afga-nistán, habiendo por lo demás mucho donde elegir dado que las redes terroristas se extendían por más de 60 países, al decir de Rumsfeld. Como es notorio, ganaron los partidarios de Afga-nistán. A continuación se encargó al departamento de marketing del Pentágono el lanzamiento de una campaña para persuadir a la propia población y a los gobiernos aliados del carácter necesario e inevitable de la decisión tomada.

Lo curioso es que cuando Woolsey abogaba por Irak, emprendiendo por su cuenta la campaña propagandística co-rrespondiente, sólo aducía la supuesta vinculación con Al Qaeda como justifica-ción. No mencionaba para nada la hipo-tética posesión de armamento de des-trucción masiva, ni el peligro de que éste acabase «en manos de los terroris-tas». Por el contrario, un año más tarde, los creativos publicitarios del Pentágo-no debieron estimar que la alusión a Bin Laden y a sus seguidores había perdido share y, por ello, que había como míni-mo que complementarla con otros argu-mentos relativos a las armas químicas y biológicas. Este último asunto, no obs-tante, tampoco estaba exento de polé-mica. Hasta el mismo Silvio Berlusconi, incondicional aliado europeo de Bush, declaró en octubre en Moscú: «Sadam Hussein ya no dispone de armamento de destrucción masiva porque lo ha des-truido o trasladado» (La Vanguardia, 18-10-02). Ésta es la misma conclusión de-fendida por Scott Ritter, ex- jefe de los inspectores de la oNU en Irak hasta 1998, como explica él mismo en el libro-entrevista Guerra contra Irak (Barcelona, Ediciones B, 2002). Tal vez en previsión de que este otro motto propagandístico tampoco fuera muy persuasivo, el mis-mo James Woolsey no tuvo ningún empacho en hablar más claro a princi-pios del otoño. Recordó sencillamente que las empresas asociadas a los Esta-dos reticentes que no colaborasen con los EEUU, como podían ser las rusas o las francesas, no recibirían su parte del botín, es decir, del petróleo (El País, 16-9-02). Esta vez, al menos, las cosas han estado claras desde el principio.

## La crisis agónica de Naciones Unidas

Diversas voces, dentro de Estados Uni-dos, se alzaron durante el verano y el otoño en contra de la anunciada guerra contra Irak. Al Gore, James Carter, Edward Kennedy, los obispos católicos norteamericanos, actrices y actores famosos como Sean Penn, Susan Sarandon y Jessica Lange o una serie de intelectuales y artistas —Noam Choms-ky, Alice Walker, Laurie Anderson, Edward Said, Adrienne Rich, Howard Zinn, entre otros— que firmaron un ma-nifiesto titulado «No en nuestro nombre». A lo que cabría añadir el 63% de la pobla-ción norteamericana que, al menos en octubre, prefería que los inspectores de la ONU hicieran su trabajo en paz (El País, 8-10-02). Fuera o no por esa oposición y las malas perspectivas electorales que presagiaba, lo cierto es que también ha-cia el otoño Bush y su junta militar creyó conveniente acudir a la oNU a buscar una resolución del Consejo de Seguridad que, a modo de hoja de parra, le diera cierta cobertura legal y una cierta legitimidad. Por esa vía, la cuestión de la posesión o no de armas de destrucción masiva y el cumplimiento o no de las resoluciones de Naciones Unidas, por parte del régimen de Bagdad, se convirtió en el centro de los discursos belicistas de Bush y de sus colaboradores.

El problema, sin embargo, es que en la misma zona del mundo donde se en-cuentra Irak hay otro Estado que tam-bién ha dado que hablar a lo largo de este año. Se trata de uno del que se

sabe a ciencia cierta que posee abundante armamento de destrucción masiva, lo que incluye cientos de vectores nucleares. Está demostrado que es muy belicoso pues ha protagonizado durante los últimos cincuenta años unas cuantas guerras contra sus vecinos, a los que ha invadido y arrebatado territorios. Son innumerables, además, las resoluciones del Consejo de Seguridad que se niega a cumplir. Estamos hablando por supuesto del Estado de Israel. El trato que su primer ministro Ariel Sharon —un hombre de paz según Bush— ha infligido y está infligiendo a la población palestina (2.000 muertos desde que comenzó la segunda intifada, de los cuales 1.500 civiles indefensos) es, de lejos, bastante más duro en intensidad y duración que el recibido por la población albanesa de Kosovo.

Con ese precedente, la electoralista iniciativa de Bush de obtener nuevos aliados gracias a la aprobación de una o varias resoluciones de Naciones Unidas, no hizo más que mermar la poca legitimidad que le quedaba a Naciones Unidas. Después de la resolución 1441 ¿cómo se va a convencer a las poblaciones de los países musulmanes y a todas las personas de buena voluntad del mundo entero que el Consejo de Seguridad es algo más que un apéndice de la política de doble rasero de los EE UU? La voluntad norteamericana de darle la puntilla, por una vía o por otra, a Naciones Unidas es manifiesta. Ya sea por la aplicación sin más de la doctrina de la «legítima defensa preventiva», una contradicción en sus propios términos frontalmente contraria a la prohibición del uso unilateral de la fuerza prescrita en el artículo 2,4 de la Carta de la ONU, o bien obteniendo una cobertura legal del Consejo de Seguridad para sus planes imperiales, Estados Unidos y sus aliados han conseguido que Naciones Unidas pierda todo crédito (si es que todavía le quedaba alguno) a los ojos de millones y millones de personas en todo el mundo.

Aunque su historia no sea precisamente ejemplar, la crisis profunda del sistema de Naciones Unidas no se puede valorar como un hecho positivo. Nuestro mundo de las muchas crisis necesita de organizaciones multilaterales que coordinen los esfuerzos para afrontar los conflictos entre Estados, la crisis ecológica, las hambrunas, las pandemias, los refugiados, el control de la población, los movimientos migratorios, el rearme, la proliferación del armamento de destrucción masiva y un largo etcétera. A pesar de las justísimas críticas que le hemos dirigido desde el movimiento pacifista, no nos podemos alegrar de la crisis de legitimidad de Naciones Unidas, sobre todo cuando lo que se avista en el horizonte es el Imperio unipolar de Estados Unidos y sus adláteres. La crisis de Naciones Unidas ilustra a la perfección el dicho aquel, según el cual, hasta lo malo puede empeorar.

## El resurgir del movimiento por la paz como actor internacional

Desde el día siguiente a los atentados del 11 de septiembre, el movimiento por la paz empezó a resucitar como actor no estatal de la política internacional. Con muchas dificultades al principio, el movimiento fue adquiriendo fuerza a lo largo del 2002. En buena medida gracias

## Resistiendo a la guerra global

Escrito por José Luis Gordillo

Jueves, 10 de Enero de 2002 11:43 - Actualizado Miércoles, 09 de Marzo de 2011 11:53

---

a las sinergias con el «movimiento de movimientos» que ya en el II Foro Social de Porto Alegre proclamó su decidida voluntad de oponerse al nuevo rumbo belicista impulsado desde Washington.

Los lados político, militar y ambiental de la globalización no han merecido mucha atención del movimiento alter-mundista en sus tres primeros años de vida; más bien han sido una preocupación de segundo orden. Pero durante el año pasado, en buena medida como consecuencia de la amenaza de invasión de Irak y de catástrofes ecológicas como la del Prestige, se ha tomado conciencia de que la globalización financiera y productiva, entre otras cosas, comporta un incremento del transporte mundial de mercancías y personas. Y que esto exige un incremento en el transporte y en el uso de los combustibles fósiles, el cual, por otro lado, es responsable de la quinta parte de los gases de efecto invernadero. La guerra contra Irak es, por tanto, una clara consecuencia de la globalización neoliberal. Como ha escrito Susan George, el principio básico de la organización Mundial del Comercio es «comercio über alles», el comercio por encima de todo. Lo que muchos jóvenes han descubierto en el último año es que eso también significa que los gobiernos occidentales están decididos a que el comercio prevalezca por encima de la salud medioambiental del planeta y de la vida de cientos miles de personas.

Las sinergias entre movimientos comenzaron a producirse con las movilizaciones en solidaridad con Palestina y a propósito de la Campaña contra la Europa del Capital y la Guerra, emprendida con motivo de la cumbre de jefes de estado de la Unión Europea de Barcelona. La campaña se tituló así por expreso acuerdo entre miembros de la plataforma antiguerra y personas de las organizaciones que impulsaron las movilizaciones durante la semana del 11 al 16 de marzo. Dicha campaña culminó con la manifestación del 16, a la que asistieron más de 300.000 personas.

Los primeros síntomas de que el movimiento por la paz iba adquiriendo fuerza se hicieron notar en las elecciones alemanas del 22 de septiembre, cuando la cuestión del apoyo a la política de Bush se reveló como un elemento decisivo del desenlace electoral. Según diversos analistas, la coalición entre los socialdemócratas y los verdes ganó por la promesa de no implicar a Alemania en la nueva aventura militar propugnada por los Estados Unidos. Ya durante la primavera, el renacido movimiento por la paz alemán había mostrado su capacidad de movilización. El 22 de mayo, más de 100.000 personas desfilaron por las calles de Berlín para protestar por la presencia de Bush en la ciudad. Desde entonces, Alemania se ha destacado por ser la potencia más hostil a la política de la Casa Blanca.

## Resistiendo a la guerra global

Escrito por José Luis Gordillo

Jueves, 10 de Enero de 2002 11:43 - Actualizado Miércoles, 09 de Marzo de 2011 11:53

---

El segundo síntoma fue la aparición en los propios Estados Unidos de una amplia corriente de opinión que, sólo un año después del 11-S, se oponía a los nuevos planes del gobierno norteamericano. Según un sondeo Gallup, publicado el 9-9-02, el 58% de los norteamericanos se mostraba favorable a invadir Irak, pero un 36% se oponía. Lo que contrastaba con el inmenso apoyo dado a la intervención militar en Afganistán: 83% a favor y 13% en contra. Este cambio de opinión se acabó materializando, hacia finales de septiembre, en una multitud de manifestaciones en las principales ciudades de los EE UU como no se veía desde los tiempos de la guerra del Vietnam. La más numerosa fue la de Washington, a la que asistieron más de 100.000 personas. A pesar de la victoria de los republicanos en las elecciones parlamentarias de noviembre, esa corriente de opinión hacia final de año había conseguido un cambio de tendencia en el apoyo popular a Bush. Si, por un lado, la posguerra en Irak y en oriente Medio se complica tanto como se ha complicado en Afganistán y, por otro, eso se convierte en el detonante de una depresión económica mundial, la re-elección de Bush en el 2004 puede resultar un fracaso estrepitoso, salvo que de nuevo la acabe decidiendo el Tribunal Supremo.

En Europa el movimiento fue creciendo a lo largo del otoño y el invierno. El 28 de septiembre, 400.000 personas manifestaron en Londres su oposición a la guerra y 150.000 hicieron lo mismo en Roma. Donde mejor se expresó dicho rechazo, no obstante, fue con motivo de la reunión del Foro Social Europeo celebrada en Florencia, del 7 al 10 de noviembre. El sábado 9, cerca de un millón de personas se manifestaron en esa ciudad contra los planes bélicos del gobierno estadounidense. En España, entre septiembre y diciembre, se celebraron varias manifestaciones, a las que asistieron miles de personas, en Madrid, Barcelona, Zaragoza, Valencia, Oviedo y Sevilla, entre otras ciudades, además de un número indeterminado de concentraciones, cadenas humanas, ayunos, encierros o actos informativos. Todo eso no fue más que un pálido reflejo público de lo que diversas encuestas y sondeos pusieron de manifiesto en el último trimestre del 2002. La oposición a la guerra, según el barómetro del CIS de septiembre, se había elevado al 66'2%, frente al 16'9 que sería favorable a ella. Un porcentaje inferior, sin embargo, al que señalaba una encuesta del Instituto Opina (El País, 30-9-02): 87'1% en contra y sólo un 9'3% a favor. El empeñamiento del gobierno de Aznar en apoyar la brutal política de Bush, unido a las consecuencias de sus leyes educativas, el «decretazo», la huelga general subsiguiente y la catástrofe del Prestige, entre otros asuntos, provocaron que a principios del 2003 algunas encuestas ya dieran como perdedor seguro al Partido Popular en unas elecciones generales. Un dato importante a la vista de los numerosos comicios que se debían llevar a cabo durante el 2003.

Por lo que se refiere al resto de Europa, según otro sondeo realizado por EoS Gallup Europe a

## Resistiendo a la guerra global

Escrito por José Luis Gordillo

Jueves, 10 de Enero de 2002 11:43 - Actualizado Miércoles, 09 de Marzo de 2011 11:53

---

principios de año ( El País, 31-1-03), el 82% de los encuestados de los países de la Unión Europea no encontraban justificado que su país participase en una guerra contra Irak si EE UU lo decidía sin el consentimiento del Consejo de Seguridad. Y un 75% de la población de los trece países que aspiran a integrarse en la UE, coincidían en rechazar la intervención estadounidense contra el régimen dirigido por Sadam Husein. En Rusia, los porcentajes todavía eran más altos.

Fuera de Europa, la oposición a la invasión de Irak era mayoritaria en los países de religión musulmana y no estaba muy bien vista, que digamos, en Brasil, México, Argentina, Chile y otros países de América Latina.

### Guerra y democracia

Lo ocurrido en las elecciones alemanas, en España y, en menor medida, en Estados Unidos, es indicativo del tipo de acción sociopolítica que debe emprender el movimiento por la paz si quiere ser efectivo. Debe hacer todo lo posible para situar las cuestiones que tienen que ver con la guerra y con la paz en el centro del debate público, de tal forma que ganar o perder elecciones también dependa de las tomas de posición de los partidos frente a este tipo de asuntos. En este mundo unipolar es de las pocas vías que quedan para intentar frenar el rearme y el expansionismo imperialista de las potencias occidentales.

La decisión de apoyar una agresión armada y la invasión de un Estado soberano con el objetivo de controlar su petróleo, no es una decisión cualquiera. Vale la pena subrayar que, por mucho apoyo que tuviera entre la población, una decisión así nunca se podría calificar como democrática, pues violaría uno de los principios básicos de la teoría de la democracia, a saber, que los afectados por una decisión deben participar con carácter previo en su proceso de adopción. Por eso no se puede considerar democráticas las decisiones de un Estado democrático de llevar a cabo un genocidio en el Estado vecino, una agresión o cualquier uso unilateral de la fuerza contrario al Derecho Internacional. La fuerza legitimadora de la regla de las mayorías se acaba donde terminan las fronteras de los Estados.

Pero es que, además, en nuestro país se han dado una serie de circunstancias que conviene recordar, en especial a la gente más joven.

En la actual monarquía parlamentaria, la política exterior y de defensa se consideran una «cuestión de Estado», lo que quiere decir que no es objeto de discusión pública, sino de negociaciones opacas entre los dos grandes partidos (beneficiarios de un sistema electoral hecho a su medida, dicho sea de paso). Gracias a ello, dichos acuerdos pueden obtener después un amplio respaldo parlamentario.

Pero tanto consenso y tanta gobernabilidad, por lo que se refiere a la política exterior y de defensa, han conducido a la paradójica situación que se dio a finales del año pasado: la mayoría absoluta del parlamento estaba a favor de la guerra y la mayoría de la opinión pública estaba en contra. Eso incluía a más de la mitad del electorado del Partido Popular. En este asunto, los diputados populares ni siquiera han representado a buena parte de sus votantes. Por consiguiente, en los temas de política exterior y de defensa ¿a quién representa exactamente la mayoría de los diputados del parlamento? A la población de España no, desde luego.

No es un problema nuevo, sino que se arrastra desde los orígenes del sistema político actual. Las bases militares norteamericanas y la relación «privilegiada» con EE UU las hemos heredado de la dictadura del general Franco. Con posterioridad, el consenso y el realismo, característicos de la transición, lo convirtieron en asuntos intocables. Después, en octubre de 1981, el parlamento por mayoría simple solicitó la entrada de España en la OTAN. Lo hicieron los mismos diputados que habían pasado cerca de dieciocho horas encañonados por los guardias de Tejero y que sabían que Reagan había considerado eso como «un asunto interno», a diferencia de lo que dijo después en relación con el golpe en Polonia antes de acabar 1981. Los diputados de ucd y ap votaron la petición sabiendo que había una mayoría de la población que estaba en contra. Más tarde se celebró un referéndum sobre el particular que ganaron los partidarios del sí por una diferencia reducida. Esa victoria se obtuvo gracias a la promesa de respetar tres condiciones que el primer gobierno de Aznar consideró papel mojado en 1997. Las decisiones más trascendentales de la política de defensa posteriores al referéndum sobre la OTAN, a saber, el apoyo a los EEUU y el envío de unidades militares con motivo de la Guerra del Golfo, de la guerra contra Yugoslavia, de la guerra de Afganistán o de la guerra contra Irak, no han contado con el apoyo mayoritario de la población española.

A la vista de todo lo anterior es lícito preguntarse: ¿desde qué punto de vista se pueden considerar democráticas la política exterior y la política de defensa del Estado español? ¿Y, desde una perspectiva democrática precisamente, cuál es de verdad la utilidad de los mecanismos de representación parlamentaria en relación con dichas políticas?

## Resistiendo a la guerra global

Escrito por José Luis Gordillo

Jueves, 10 de Enero de 2002 11:43 - Actualizado Miércoles, 09 de Marzo de 2011 11:53

---

Un efecto colateral positivo de la campaña contra la guerra de Irak podría ser que la política exterior y de defensa volviera a ser un tema de debate público que fuese decisivo a efectos electorales. Con ello se conseguiría que la sociedad española volviera a discutir sobre qué política de alianzas, qué tipo de relación con Europa y EE UU, qué política exterior y qué política militar necesitamos para el tercer milenio.

Mientras esto no suceda es más eficaz, para recuperar una cierta capacidad de intervención política, el ejercicio de derechos como los de reunión, manifestación y libertad de expresión. Y también, a la vista de la distancia existente entre el Palazzo y la sociedad española, protagonizar actos no violentos de desobediencia civil con intencionalidad pacifista. En estas circunstancias es otra forma de participación pública que no parece difícil de justificar a partir de la misma teoría académica sobre la democracia representativa.